

Introducción

Heterodoxos somos y en el camino nos encontraremos

SERGIO ARLANDIS
UNIVERSITAT DE VALÈNCIA

Recibido: 12 de noviembre de 2017

Aceptado: 5 de diciembre de 2017

La poesía está en crisis: ya lo sabemos. Nos lo vienen repitiendo todos los días, desde que se hizo el primer *Cancionero* de palacio o aquella primera selección del *Romancero viejo*, aquellos desventurados pliegos sueltos que alguien, un día, determinó juntar en un único volumen y clasificar (y calificar) sus textos como populares, místicos, cultos, sacros, etc. La cuestión era esa: *la unión hacía la fuerza*. También iguala, equipara, clasifica, masifica y generaliza. Siempre ha existido un lugar para la crisis y un posicionamiento o resistencia poética contra ella. Lo venimos llamando *canon*, por su valor referencial, por su pauta marcada, por su necesaria intercesión entre la producción y su consumo. Y ahí, en la desconexión real que se da entre creatividad y divulgación, llega la crisis: la falta de sintonía entre intereses personales y colectivos, con las respuestas que unos y otras dan al lector de poesía. Por eso la poesía siempre está en pie guerra, en constante renovación, sea ahora o hace quinientos años, cuando el concepto de originalidad no tenía aún la señal romántica sobre su frente. La poesía no sabe vivir en paz porque es plural y no permite más consenso que aceptar la lectura como espacio de encuentro con uno mismo y con los demás. Más allá de esta premisa, todo es cuestionable, renovable, discutible.

La poesía española contemporánea, según versa en la historiografía literaria, está muy delimitada por generaciones y también por características generacionales comunes, epocales y personales. Al final, todo esto crea una sensación de uniformidad difícilmente sostenible

con los textos poéticos delante: cualquier intento por generalizar se rompe, así que cualquier atisbo de unión queda rápidamente desmentido. No hay refugio posible cuando el que habla no es el crítico de turno, sino el texto. Pero lo peor es que esas conclusiones, tan necesarias para la enseñanza o el aprendizaje o para la visión global del fenómeno literario, generan una realidad paralela, que acaba adoptando la vitola de canon, de verdad absoluta e incuestionable. Este monográfico se titula, curiosamente, *Heterodoxias de la poesía española contemporánea: revisión, renovación, confluencias y desacuerdos*, porque pretende dar una visión mucho más amplia de la poesía española desde comienzos del siglo XX hasta nuestros días, sin caer en las simplificadas líneas de continuidad ya suficientemente explotadas en manuales y libros de panorámica más amplia.

Pero el planteamiento de base— esa necesidad de señalar la heterodoxia poética española de más de un siglo— no puede dar la espalda a ese canon perfectamente instaurado en nuestra percepción de la poesía española contemporánea, de ahí que, en verdad, se plantee una revisión y una renovación mucho más profunda de algunas de las pautas señaladas y consideradas como genéricas. Y que a partir de este punto podemos establecer esos aspectos de confluencia y desacuerdos, donde ciertas figuras emergen con suma contundencia: por ejemplo, el primer trabajo, firmado por el profesor Francisco Javier Díez de Revenga, titulado “Sobre el proceso de internacionalización de Carmen Conde (Carmen Conde y Mathilde Pomès, 1930-1935)” nos intenta recuperar la imagen de la mujer poeta, traductora, ensayista, como agente activo y vital dentro de una circunstancia histórica fundamental. Este trabajo aporta una visión absolutamente novedosa dentro de los estudios realizados sobre la genial poeta española, y también sobre la figura de la célebre hispanista francesa. Dos figuras, pues, que siguen pasando una pequeña travesía por un injustificado olvido y que aquí, desde la heterodoxia, la revisión, la renovación, la confluencia y el desacuerdo, se estudian con especial rigor. Por suerte— y de ahí el título del monográfico— este es el gran denominador común de este número en su conjunto. Sucesivamente le sigue el trabajo del profesor Jesús Camarero, titulado “La poesía metafísica de Pedro Salinas”, quien se adentra en una profunda revisión de la obra de un poeta muy reconocible por su poesía de temática amorosa y metapoética, pero bastante menos por su matiz metafísico, donde la identidad y la existencia se ponen en jaque a la hora de tensar la definición del yo poemático. Otro trabajo que recupera la imagen de la mujer es el firmado por el

profesor Enrique Baena, titulado “María Zambrano y los poetas”, donde se muestra cómo las teorías fenomenológicas de la filósofa impregnan los versos de tantos poetas contemporáneos, pero sobre todo, de cómo entiende Zambrano cuál es el lugar del poeta en este nuevo tiempo llamado *presente*. Es decir, tan importantes son sus teorías sobre la poesía como lo son, también, sus conclusiones en torno a los poetas y su lugar social, su inclinación, y la necesidad real que hay de ellos.

Con el trabajo de la profesora Marina Bianchi, titulado “Del Siglo de Oro al siglo XX: poesía crítica, Cervantes *versus* Gil de Biedma” comenzamos nueva etapa, una vez atravesada la maraña histórica de la guerra civil en cuyo salto vertiginoso se nos quedó algo olvidada la poesía comprometida (y no) de la inmediata posguerra, sobre la que volveremos más adelante. El trabajo de Bianchi se articula sobre un juego de correspondencias muy interesante, en que se intenta instalar la figura del poeta catalán más allá de la tradición anglosajona; por tanto, exige una revisión profunda de algunos parámetros de su obra que han quedado un tanto olvidados. La profesora (y poeta) Raquel Lanseros, con su trabajo titulado “Antonio Colinas, el compromiso con la palabra” enlaza ya varios frentes que precisan una urgente renovación y revisión: primero, porque Antonio Colinas es un *novísimo* fuera de toda lista antológica primeriza, pero dentro de una estética y segundo, porque la veta culturalista (que ha marcado buena parte de su producción) con esos ecos románticos, con Leopardi de fondo, no niegan una poesía mucho más ética y comprometida con la cultura en su sentido general y, por tanto, entroncaría con la línea *novísima* más disconforme y protestataria.

El profesor Enric Bou, con su trabajo “Muerte, muertes. Una aproximación a *Libro del frío* de Antonio Gamoneda” intenta poner sobre el tapete de la poesía española de los 50 a un poeta que ha quedado un tanto olvidado dentro de la reducida nómina de autores del medio siglo pero que, al contrario de lo esperado, comienza a tener una especial presencia y una consideración de su obra mucho más acorde a los méritos que atesora como poeta: en este caso, Bou se centra en un libro (que considera crucial dentro de la evolución de su propia obra) y en un tema, la muerte. El estudio del profesor Juan José Lanz, titulado “*La otra sentimentalidad* en su contexto, muchos años después” sirve de transición entre esa generación de los 50, que tanta renovación llevaron (como olvido sufrieron poco más tarde): a partir de esa veta poética que acabó dando aquella tan manida “poesía

de la experiencia”, Lanz se adentra en las teorías del célebre granadino Juan Carlos Rodríguez, la poesía de Javier Egea (algo menos), Luis García Montero, Antonio Jiménez Millán y Álvaro Salvador. El seguimiento de la construcción de toda una teoría poética en torno a una ideología muy determinada será el motivo central de su estudio. Dentro de ese marco de años, el estudio del profesor Sergio Arlandis, titulado “Poetas desclasificados de las coordenadas del *canon postnovísimo*. Lecturas a destiempo: Carlos Alcorta, Rafael Fombellida, Juan Ramón Barat y Antonio Cabrera”, intenta desgranar cómo se ha construido el discurso crítico en torno al canon postnovísimo y qué olvidos ha conllevado esa revisión, partiendo, en este caso, de cuatro poetas que, por trayectoria, méritos y calidad, merecen estar en la primera fila de las muchas antologías que, por el contrario, los han dejado al margen de la historiografía literaria contemporánea.

Con el estudio de la profesora Araceli Iravedra titulado “¿Otra poesía es posible?: para una cartografía del compromiso en el cambio de siglo” se abre un debate de los nuevos rumbos que ha tomado la poesía española desde finales del siglos XX hasta los primeros quince años del siglo XXI. La idea intenta recuperar todo el discurso de compromiso que siempre ha estado en el olvido desde que los *novísimos* sesgaran buena parte de la poesía social y comprometida que se venía haciendo a partir de la década de los 50. Así, de este modo, el trabajo de Iravedra vendría a cubrir un arco temporal que dejamos un tanto incompleto cuando dimos el salto por la inmediata posguerra entre los poetas del 27 y los del medio siglo. Ahora, además, se establece toda una línea de continuidad que siempre estuvo presente y que sigue estando muy activa en la última poesía de estos años. Le sigue el estudio de la profesora Remedios Sánchez, titulado “Apuntes para construir un canon en la joven poesía en español (1970-1985)”, donde repasa de qué manera se ha construido el canon poético (y sobre qué fundamentos) para tratar la obra de todos aquellos poetas nacidos entre 1970 y 1985. Sus conclusiones son, a todas luces, sumamente interesantes, partiendo de la base de un concepto de canon que ya está obsoleto y requiere revisarse y renovarse. Por tanto, a partir de una visión más amplia, establece una serie de vetas estéticas más o menos dominantes: la poesía de la incertidumbre, la poética del fragmento y un neobarroco irregular e inarmónica, más dominante en Latinoamérica. Y cierra el monográfico el estudio del profesor y también poeta Fernando Valverde, que se ha querido sumar a este volumen con el trabajo titulado “Erri de Luca, ciudadano de la lengua italiana”

y nos sirve ya no solo para concluir el monográfico, sino para darle también un sentido muy unitario, ya que se retoman conceptos como traducción, guerra y olvido, creando un denominador, siempre común, con el primer texto, firmado por Díez de Revenga.

No sé muy bien qué lugar le queda ahora mismo a una crítica literaria que está en jaque por un sistema que ya ha decidido que su espacio real sea quedarse al margen de la realidad, quitarle todo tipo de relevancia, social, cultural y educativa. Es decir, hoy por hoy la propia crítica literaria está quedándose fuera del canon de la sociedad actual mientras se ha distraído haciendo otros cánones, como podría haber afirmado John Lennon. Y quizá, por ello, nos vemos ahora capacitados para problematizar ese mismo canon, pedir su renovación, cuestionarlo, revisarlo, reflexionarlo, discutir con él y sobre él y también alabar sus aciertos, claro que sí. Lo realmente cierto es que —y a ello nos aferramos— no podemos estar callados y quedarnos inmóviles mientras todo está cambiando a nuestro alrededor: las mujeres deben tener un papel más protagonista, los poetas deben dejar de ser valorados por sus amistades o intereses de terceros y convirtiendo a sus textos en su único aval, el compromiso debe perder ese aura de empobrecimiento estético o desinterés que siempre le ha ensombrecido y relegado a una literatura de *segunda* categoría, o señalar que la filosofía debe estar más en contacto con la poesía, o que la nómina de autores representativos de cada época debe aumentar siempre, pero no solo para engrosar listines vacíos, sino para acercar sus textos a los auténticos protagonistas de todo este pequeño espectáculo de palabras: el lector. ¿Podremos algún día recuperarlo para la causa o ya lo hemos perdido? En efecto, el lector —la única parte del hecho literario que al final podríamos considerar como imprescindible— es el gran olvidado, más allá de las tasas de consumo y del beneficio que su lectura pueda generar. Quizá si ve en nosotros un primer paso de renovación confíe algo más en nuestra imparcialidad, en nuestro criterio, en nuestro trabajo. Estamos trabajando ya en ello, convencidos de que solo hay un camino para redimir a la crítica literaria: el trabajo honesto, a pesar de todo y de todos aquellos que, por diferentes vías, lo han afeado o reducido a su versión más pobre.